

tiera encender fuego para calentar su agua, para comer algo cocido, y hacer su lectura á la luz de la lámpara, les respondió: « Si quereis vivir de este modo, más vale que os retiréis á un monasterio; pues mientras yo viva no lo permitiré á los anacoretas. »

Los habitantes de Jericó, teniendo noticia de la austeridad de la vida de estos buenos solitarios, quisieron llevarles todos los sábados y domingos algunos refrigerios..... De su parte era esto un acto de caridad muy loable; pero la mayor parte de estos religiosos tan mortificados, bien lejos de regocijarse por la asistencia de estos seglares, se afligían, y aun rehusaban este pequeño socorro como capaz de dañar á su alma; y obraban así, dice el monje Cirilo, porque habían aprendido por las palabras y acciones de su santo Padre, que la abstinencia era la madre de la perfecta templanza, que los hacía más propios para las vigiliias y echaba los malos pensamientos.

Así, el mismo san Gerásimo hacía tanto caso de esta virtud, que sus discípulos decían que pasaba toda la cuaresma sin tomar otra nutrición que la del cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. Habiendo, pues, sido, por una conducta tan santa, un modelo de virtud y una fuente de salud para todos aquellos de quien era el padre en Jesucristo, murió poco tiempo después que hubo rendido con san Ciríaco los últimos deberes á san Eutimio, cuya alma hemos dicho que vió subir al cielo al momento que se separó de su cuerpo. La muerte de san Gerásimo acaeció el 5 de marzo del año 474 ó 475.

Su laura estaba á una milla del Jordán por el lado de Jericó. Aun existía cien años después. Juan Mosch dice que habiendo ido á ella, le contaron que el Santo, estando un día sobre la orilla de Jordán, vió venir un león que marchaba solamente sobre tres piés, teniendo en el aire el cuarto, en el cual se le había clavado una espina que le ha-

bía causado una grande inflamación. Se le presentó rugiendo mucho por el dolor que sufría, y el Santo tocado de compasión, le sacó la espina, le hizo salir todo el pus del tumor que le había causado en el pié, se lo vendó y lo despidió. Dios, dice Juan Mosch, quiso hacer ver en esta ocasión que los justos que le sirven con fidelidad, pueden algunas veces sujetar las bestias mas feroces, como estaban sumisas á Adán antes de su pecado. Pues el león, como si hubiese estado dotado de razón, no le abandonó más, y le sirvió en su monasterio mejor que lo hubiera podido hacer un animal doméstico, sin causar el menor miedo ni el menor daño á nadie. Continuó así cinco años en el servicio del monasterio, al fin de los cuales muerto el Santo, rehusó todo alimento, y se fué á dejarse morir sobre su tumba. Juan Mosch alega por testigo de esta maravilla al abad Sabatias, discípulo del Santo, quien se había hallado presente.

Se cree que esta historia ha dado ocasión á los pintores de representar á san Jerónimo con un león cerca de él, habiéndole confundido con san Gerásimo á causa de la semejanza de nombre, que muchos escriben *Gerónimo* por una mala ortografía. Juan Mosch extiende mucho esta historia que nosotros nos contentamos con relatar en pocas palabras.

EL ABAD GELASIO¹.

Gelasio penetrado desde su juventud del deseo de consagrarse enteramente á Dios, abandonó el mundo, abrazó

¹ Cotelier.

la vida solitaria y vivió en un gran despojamiento de todas las cosas. El lugar que al efecto escogió estaba ya habitado por muchos anacoretas cuyo ejemplo contribuyó en gran manera á hacerle conocer los deberes de su estado y hacérselos cumplir dignamente. Y se lió más particularmente por una santa amistad con un respetable anciano, por otra parte muy sencillo, que vivía en una celda y practicaba rigurosamente la pobreza religiosa; pues no tenía mas que una túnica, no queriendo de modo alguno una segunda para cambiarse. Cada día ganaba, con el trabajo de sus manos, lo que necesitaba para su subsistencia; él no se afligía por la necesidad del día siguiente, y habiendo en su vejez formado discípulos les inspiró los mismos sentimientos que él siguió hasta la muerte.

Dios, quien conduce sus santos al mismo fin, pero por diferentes senderos, tuvo otros designios sobre Gelasio, á quien escogió como en otro tiempo á San Pacomio, para formar una numerosa comunidad. Le inspiró, después que lo hubo llenado de su espíritu en su retiro, que fundara un monasterio y que se encargara de la dirección de los religiosos que su Providencia le proporcionaria. Muy pronto tuvo pruebas de que su empresa venía de Dios; pues le asistió de una manera señalada proveyendo á todas sus necesidades, é inspirando á muchas personas piadosas que le ofrecieran tierras, las cuales aceptó y supo hacer valer.

Estas adquisiciones inquietaron al buen viejo de quien hemos hablado. Como él practicara una pobreza muy rigurosa, y hubiera sido testigo de aquella que hasta entonces Gelasio había profesado, temió que estos bienes hiciesen impresión sobre su corazón, y le llevasen á la disipación y al relajamiento, y creyó que debía hacérselo presente; pero Gelasio le tranquilizó, protestándole que estaba menos apegado á ellos que él mismo podía estarlo al instrumento de que se servía para sus obras.

En efecto se reconoce que su corazón no poseía más que á Dios, por el orden con que había dejado su vida de anacoreta para servir á sus hermanos; y esto se ve más claro por dos hechos notables, que muestran por una parte su desprendimiento, y por otra la pureza de sus intenciones en la conservación de los bienes del monasterio. El primero es, que teniendo una Biblia de gran precio, muy lejos de guardarla en su celda para servirse el solo de la misma, la puso en la iglesia de su monasterio, á fin de que todos pudiesen utilizarla, y para que viéndola tan hermosa, tuvieran más deseos de leerla y de nutrirse en ella con la palabra de Dios.

Esto le proporcionó una nueva ocasión para mostrar aun más su desprendimiento. Habiendo un monje forastero ido por casualidad á su iglesia, echó sobre este libro sagrado una mirada de concupiscencia, tomó su tiempo para no ser visto de nadie la cogió y desapareció. Dieron de ello conocimiento á Gelasio, quien ni siquiera permitió que le persiguieran; y el ladrón se fué á una villa cercana, en donde la presentó á uno que hallandola muy á su gusto, se ofreció para comprársela; pero antes quiso examinar si era tan completa como hermosa, y al efecto la llevó á Gelasio, deseando saber de él si se podía dar el precio que se le había pedido. El santo Abad la reconoció al momento; pero se contentó con decirle que valía aquello en que el vendedor la estimaba, sin manifestarle que le hubiese sido robada. El monje habiendo sabido después por él que era Gelasio aquel á quien le había hecho justipreciar, y que no se había quejado de que él se la hubiese robado, quedó emocionado por su virtud y se reprochó su hurto. Fué á encontrar al santo Abad, y, penetrado de arrepentimiento, le confesó su latrocinio y le volvió la Biblia. Gelasio de momento no quería recibirla, y no la tomó sino después que este monje le hubo instado muchísimo, y des-

pués que le hubo protestado que su corazón le reprocharía siempre su pecado si la guardaba más. No se contentó con restituirla, sino que se entregó el mismo á su monasterio, suplicando al santo Abad que lo recibiera en el número de sus discípulos, de suerte que pasó lo restante de sus días en su comunidad¹.

El otro ejemplo que vamos á referir, demuestra que cuando defendía los derechos de su monasterio, Dios era su único blanco. Un religioso que moraba cerca de Nicópolis le dejó su celda con un territorio anexo, y por tanto tomó posesión de ella. Pero un particular, pariente del religioso muerto, pretendió que en calidad de tal la tierra le pertenecía, y para hacer valer su derecho se dirigió á uno de los principales habitantes de Nicópolis, llamado Vacato de quien era colono. Este, hombre fúgado y violento, creyó debérselo quitar por fuerza, y cuando los religiosos iban á la campiña para recoger sus frutos, él se lo impedía y les hacía diversos ultrajes. Gelasio sufrió estos insultos con paciencia y jamás opuso la fuerza á la fuerza; pero de ningun modo quiso deshacerse del campo. Su firmeza irritó tanto á Vacato, quien se determinó, tanto por este asunto como por otros que tenía (pues el historiador dice que era un hombre muy litigioso), á ir á Constantinopla, á fin de obtener por autoridad lo que no podía obtener por violencia. Hizo el viaje por tierra, y pasando por el territorio de Antioquía, quiso ver á san Simeón Estilita, de quien había oído contar grandes maravillas. Así que el Santo le vió, le previno preguntándole de que país era y á donde iba. » Yo soy de Palestina, respondió Vacato, y voy á Constantinopla por ciertos asuntos que espero terminar felizmente con el auxilio de vuestras oraciones. » — « Ah, qué grande es

¹ Se halla la misma historia relatada en el tercer libro de los Padres, C. 30, bajo el nombre del abad Anastasio; pero se atribuye al abad Gelasio en el quinto libro, lib. 16, n.º 1, y en la Colección de Cotolier.

vuestra ceguera, le replicó san Simeón, y ¿porque no quereis confesar que habeis emprendido este viaje para dañar á un hombre de Dios? Pero bien lejos de conseguir lo deseado, no tendreis mas que un fatal éxito, y ya no volvereis á ver vuestra casa. Si quereis seguir mi consejo, volved cuanto antes á vuestro país, echaos á los piés de ese santo hombre á quien habeis maltratado y pedidle perdón, y Dios haga que os quede bastante vida para ir hasta su monasterio. » Esta predicción bien pronto tuvo su cumplimiento. Vacato fué cogido de una fiebre que le obligó á ponerse en una litera. Se apresuró á ir á Gelasio para reconciliarse con él; pero empeorando el mal, murió en Beryth¹, y no vió otra vez su casa, como san Simeón le había pronosticado. El hijo de este Vacato, que también llevaba su nombre, refería esto á varias personas muy fidedignas, y probablemente de estas lo había aprendido el historiador de Gelasio.

El demonio, que veía los grandes bienes que hacía en el gobierno de su monasterio, quiso contener sus progresos sugeriéndole con pensamientos importunos la idea de abandonar á sus religiosos y retirarse enteramente en el desierto para concluir allí sus dias en paz. Como no se había encargado de la dirección de sus hermanos más que por un movimiento del espíritu de Dios, no se fió de estos pensamientos; y á fin de andar más seguro, se propuso probar sus fuerzas que no podían ser grandes, por ser ya muy entrado en edad, con no comer más que yerbas por la noche, con dormir en pleno aire, y con andar mucho por el recinto del monasterio, sin sentarse más que algunos momentos. Pasó tres dias en este penoso ejercicio, y viendo que no podía sostenerlo por más tiempo, se dijo á sí mismo: « Aquellos que están en el desierto no viven de

¹ Puerto de la antigua Fenicia, entre Biblos y Sidón. Hoy día *Mahr-Beirut*.

otro modo. Si, pues, yo no sabría practicar una austeridad tan grande, ¿porqué he de pensar en emprenderla? Me debo contentar con permanecer en mi celda y llorar en ella mis pecados, sin soñar en cambiar de lugar. Dios, á quien nada está oculto, por todas partes ve nuestras obras, como también á los que le sirven.

Dios le honró con el don de milagros; sobre lo cual su historiador cuenta que habiendo el despensero del monasterio dado inconsideradamente un puntapié á un niño, á quien había sorprendido comiéndose un pescado que había preparado para los religiosos, este golpe fué tan funesto, que de él murió el niño. El despensero aterrorizado y afligido más de lo que se puede decir, escondió el cuerpo, fué á arrojarlo á los piés de Gelasio y le declaró la desgracia que le había sucedido. El santo Abad le recomendó que á nadie diera conocimiento de ello, y que por la noche llevara el cuerpo del muerto delante del altar, mientras todos los religiosos estarían retirados para dormir. El despensero obedeció y Gelasio habiéndose trasladado á la iglesia, rogó á Dios con tanto fervor que volviera á la vida á este niño que su oración fué oída; de modo que cuando los religiosos se levantaron para cantar los salmos, él se retiró todo lentamente con este niño lleno de vida. No permitió al despensero que hablara de este milagro en todo el tiempo en que vivió, y no se supo hasta después de su muerte.

Fué también uno de los más celosos defensores del concilio de Calcedonia, y resistió con una firmeza digna de un hombre apostólico, al impío Teodosio, sectario de la herejía de Eutiques, y quien había usurpado la silla de Juvenal patriarca de Jerusalén. Este Teodosio al principio fué monje; pero habiendo sido expulsado de su monasterio por una mala acción en la cual le habían sorprendido, se refugió en Alejandría de donde también fué obligado á retirarse con infamia á causa de sus escándalos. Bien lejos

de arrepentirse, añadiendo por el contrario nuevos crímenes á los pasados, se fué á Calcedonia, en donde se juntó con los secuaces de Eutiques. De allí, esperando extender esta herejía y conquistar mayor número de partidarios, pasó á Palestina, en donde, por una negra calumnia, publicó que los Padres del concilio de Calcedonia, condenando á Eutiques habían autorizado la piedad de Nestorio. Con esto sedujo á muchos solitarios y á muchas personas de consideración, entre otras á la emperatriz Eudoxia, viuda del emperador Teodosio el Joven, quien se había retirado á Jerusalén. En fin, con sus intrigas y los empeños que se procuró, consiguió echar á Juvenal, patriarca de Jerusalén, quien sostenía la autoridad del concilio de Calcedonia, y hacerse ordenar patriarca en su lugar en la iglesia de la santa Resurrección.

Cuando llegó á Palestina, se dirigió principalmente á los monjes que sabía tenían mayor reputación, á fin de seducirlos y acreditar con esto su partido. No se descuidó de pasar por el monasterio del abad Gelasio; y así que hubo entrado en conversación con él se puso á declamar contra el concilio de Calcedonia. El santo Abad reconoció al momento la perversidad de su espíritu y de su corazón, y sin detenerse á escucharlo por más tiempo, hizo venir delante de él al joven que había resucitado, como lo hemos dicho, y le dijo: « Si teneis deseos de tratar de la fé, ahí está ese niño que os podrá hablar pues yo no tengo tiempo para escucharos. » Teodosio viéndose así despreciado, se retiró muy avergonzado y se fué á Jerusalén; pero después habiéndose apoderado de la dignidad del patriarca, y jactándose de que nadie se le resistiría, hizo llamar al abad Gelasio, y quiso llevarle, tanto por halagos como por amenazas, á pronunciar anatema contra Juvenal el patriarca legítimo. Pero Gelasio le respondió con firmeza que no reconocía otro obispo de Jerusalén que Juvenal. Teodosio temió que

el celo del santo Abad corroborase á los otros y les sirviese de ejemplo ; así mandó que lo echasen de la iglesia con ignominia. Los cismáticos se apoderaron de él, y habiendo hecho un montón de leña, le amenazaron con quemarlo. Pero viendo que estaba dispuesto á morir antes que condescender á su voluntad, y temiendo que el pueblo se sublevase contra ellos, pues le profesaba una grande veneración, lo dejaron en libertad, y volvió á su monasterio con la gloria de haber estado cerca de sufrir el martirio por la fé de Jesucristo.

SAN NONO Y SANTA PELAGIA.

La historia de santa Pelagia penitente fué escrita por Jaime, diácono de la iglesia de Heliópolis¹ en Siria, testigo ocular de su vida y de su muerte ; y en su ocasión diremos algo de san Nono, quien fué el instrumento de que Dios se sirvió para sacar á esta mujer de sus extravíos. Nono fué sacado del monasterio de Taben, en donde era renombrado por sus virtudes y su doctrina, para gobernar la iglesia de Heliópolis. Ya había convertido treinta mil Sarracenos á la fé cuando subió á esta villa, en la cual con sus cuidados y exhortaciones hizo un sin número de conquistas para Jesucristo.

Un asunto eclesiástico había obligado á Maximiano, patriarca de Antioquía, á convocar á los obispos de su provincia, cuando Nono se halló en la asamblea con siete obispos ; y un día que estaban sentados delante la iglesia del mártir

¹ Hoy día Baalbech.

san Julián conferenciando juntos, algunos de estos obispos le rogaron que les dirigiera algunas palabras de edificación. No se hacía rogar mucho cuando se trataba de hablar de Dios ; entró al momento en discurso, y les dijo tan bellas cosas, que le escuchaban con tanta admiración como placer.

Mientras los iba entreteniendo así, vieron aparecer una multitud de gente que conducía en gran pompa á la primera de las comicas de la ciudad á quien el pueblo llamaba *Margarita* ó *la Perla*, fuera á causa de su hermosura, fuera por ir siempre cubierta de perlas y diamantes. Iba montada sobre una mula y soberbiamente vestida, pero de un modo muy indecoroso. Una multitud de doncellas y jóvenes que formaban su comitiva, la precedían y la seguían, y en medio de este cortejo pasó en son de triunfo delante de los obispos. Volvieron sus ojos gimiendo para no verla, excepto san Nono, quien la siguió con los ojos, diciendo á los otros por dos veces : « ¿ No habéis admirado la hermosura de esta mujer ? » Ellos no le respondieron ; pero él añadió : « En cuanto á mí, yo la he bien considerado, y he pensado cuánto es de temer que su conducta condene la nuestra delante del tribunal de Dios ; pues, decidme, ¿ cuánto tiempo no ha empleado en componerse ? ¿ Cuánta molestia no se ha tomado para aumentar en hermosura y para agradar á aquellos cuyos corazones han cautivado sus falsos atractivos ? Sin embargo, ella no busca más que el amor de los hombres mortales, que hoy existen y mañana ya han desaparecido ; y nosotros que tenemos en el cielo un Padre todo-poderoso y un Esposo inmortal, cuyos tesoros son infinitos é inestimables las riquezas ; nosotros que esperamos contemplar un día la belleza inefable de ese celestial Esposo, ¿ qué cuidados tomamos en purificar y adornar nuestras almas ? ¿ No nos debemos más bien reprochar que lo descuidamos enteramente ? »